

## ¿SOLUCION NEGOCIADA EN RHODESIA?

Los meses transcurridos desde la proclamación de la independencia de Rhodesia<sup>1</sup> no han aportado el sosiego de los ánimos internacionales, con especial referencia a los del ámbito africano. Desde sus comienzos, en esta crisis se advirtió una clara propensión hacia el recurso a la fuerza, creándose así una atmósfera confusa, propicia a todo género de indóciles controversias.

Al ocurrir ese acontecimiento, los Estados africanos—hecho sintomático—carecían de una visión unánime respecto a la forma de enfrentarse al problema. Al fin y al cabo, en otras cuestiones representativas—Congo o Ghana—el mosaico de Estados que fragmentan el Continente han venido manifestando análoga pluralidad de criterios. Tal vez esto esconda la falta de un cierto fondo de ideas. La discrepancia a que nos referimos, se reveló con caracteres superlativos, en la Conferencia de Ministros de la Organización de la Unidad Africana, celebrada en Addis Abeba del 28 de febrero al 5 de marzo. Nada menos que ocho de sus países miembros se retiraron en el transcurso de los debates. Cuatro a causa de Ghana, tres<sup>2</sup> por considerar que la resolución sobre Rhodesia no era suficientemente enérgica, y otro<sup>3</sup> por estimar, reflejando, en definitiva, la realidad, que «la atmósfera de la Conferencia se había deteriorado demasiado».

De uno u otro modo, ante la cuestión rhodesiana, con ligeros matices distintivos, los países africanos se han polarizado en dos grupos: los partidarios de la intervención bélica a ultranza, a cargo de la Gran Bretaña, ya que carecen de la fuerza militar adecuada, y los que mantienen el estrangu-

---

<sup>1</sup> A los antecedentes de este hecho nos referíamos en «Africa, entre conferencias y subversión», núm. 82 de esta REVISTA.

<sup>2</sup> Somalia, Argelia y Kenya.

<sup>3</sup> Congo-Brazzaville.

lamiento económico del régimen de Ian Smith, tratando de esquivar los riesgos inherentes a todo conflicto armado.

La intervención militar hubiera sido muy factible, y hasta hubiera suscitado un clamor general en su favor, si se hubiera producido el hecho, que algunos habían vaticinado como seguro, de que el anuncio de la independencia unilateral hubiera lanzado en abierta insurrección a los africanos de Rhodesia. Los hechos acontecieron de forma harto diferente, puesto que la población africana, muy turbulenta en anteriores ocasiones<sup>4</sup>, ha mantenido una calma que pudiera interpretarse como indiferencia, privando a los intervencionistas de un sólido pretexto.

Esta visible realidad no ha alterado la determinación de quienes pretenden hacer gravitar la fuerza. Como dato revelador consignamos que el 1 de abril el Presidente de Zambia, Kaunda, declaraba solemnemente en la conferencia cumbre que, en Nairobi, reunía a once países africanos: «Parece una necesidad la intervención militar en Rhodesia»<sup>5</sup>. Esta tesis no ha seducido a otros estadistas que conocen los límites en que se mueven las posibilidades africanas, los cuales siguen opinando que de no mediar un giro imprevisto de los acontecimientos debe evitarse una guerra. Se fundan en que, ciertamente, ante una agresión armada a su territorio, Rhodesia reaccionaría con el pleno empleo de su potencia militar<sup>6</sup>, por lo que, aun vencida finalmente, produciría antes gravísimos daños en los Estados colindantes; daños de tal cuantía, a no dudarlos, que serían muy difícilmente reparados por las precarias economías de los países afectados, reduciendo a la miseria a las más prósperas poblaciones. Esto sin contar con la sangría humana que habría de producirse y las graves complicaciones internacionales que se desencadenarían. Todo lo cual comprometería el futuro del Continente.

Lejos, pues, de adoptar medidas radicales, en Nairobi se acordó reiterar

---

<sup>4</sup> Como acaeció en los sangrientos incidentes de julio y octubre de 1960.

<sup>5</sup> Parece que el África nueva se ha apropiado, cambiándolo de signo, el viejo aforismo inglés, por lo que ahora mantiene que «África está dispuesta a combatir hasta la última gota de sangre inglesa».

<sup>6</sup> En esta línea de opinión, el 15 de abril, el Jefe del Gobierno de Malawi, doctor Banda, declaraba que se debe llegar a una negociación evitando la violencia, porque «las Fuerzas Aéreas de Rhodesia podrían reducir a cenizas las capitales del África oriental y los países africanos carecen de medios económicos para llevar a cabo una guerra en gran escala».

la presión sobre la Gran Bretaña para que reforzara sus medidas contra el régimen de Salisbury, y sólo de forma incidental se aludía «al uso de la fuerza». Dando acogida, en cierta manera, a las corrientes extremistas, hacia un llamamiento al pueblo rhodesiano (de Zimbabwe, según los africanos) para que se «levante contra el régimen de Ian Smith e intensifique la lucha por la libertad».

Londres, mientras tanto, proseguía una política vacilante. Wilson, cuya posición política no estaba entonces consolidada por carecer de una mayoría parlamentaria suficiente, rehusaba emprender acciones militares que el pueblo británico distaba de respaldar. Pero no le interesaba, en modo alguno, enemistarse con los países africanos, especialmente con sus antiguas colonias. Para contentar a ambos había jugado con especial énfasis la carta de las sanciones, asegurando, tal vez sin ningún convencimiento, que solamente con ellas se daría fin a la rebelión. Era un presagio demasiado optimista, que ya en el mes de marzo se veía claramente que había fracasado, dando la razón a los países que el 15 de diciembre habían roto sus relaciones diplomáticas con Londres<sup>7</sup> por no haber «logrado derribar el régimen de Salisbury», tal como había sido acordado el 3 de diciembre en la O. U. A.

Pero desde primeros de abril, al haberse consolidado el Gabinete Wilson tras la victoria electoral, se ha advertido un claro endurecimiento de la postura británica. El embargo de petróleo decretado por la Gran Bretaña tras la declaración unilateral de independencia—embargo confirmado por la resolución del Consejo de Seguridad de la O. N. U. de 20 de noviembre último—, amenazaba convertirse en inútil por la tentativa de algunos petroleros de dirigirse al puerto de Beira para depositar sus cargamentos, que pueden ser bombeados desde allí a Rhodesia por medio del oleoducto existente. El petrolero griego «Jhoanna V» había llegado al puerto mozambiqueño con tales intenciones. Londres le conminó a que se trasladara a Lourenço Marques, a 640 kilómetros al suroeste de Beira. Grecia, que había aprobado el embargo el mes de marzo, transmitió instrucciones a sus representantes en Beira para que impusieran sanciones si se efectuaba la descarga del petróleo. Como resultado de esta situación quedaba implicado Portugal, a quien el Gobierno británico hacía saber que alcanzarían graves responsabilidades en dicha eventualidad. El Gobierno de Lisboa replicaba, de forma

---

<sup>7</sup> Guinea, Tanzania, R. A. U., Ghana, Malí, Mauritania, Congo (Brazzaville), Argelia y Sudán.

clara y terminante, el 5 de abril, que la cuestión del embargo de petróleo era un asunto entre la Gran Bretaña y Rhodesia que en modo alguno concierne a Portugal, por lo que declinaba cualquier responsabilidad. Harold Wilson desencadenaba una enérgica ofensiva diplomática contra Grecia y Portugal para cortar todo envío de crudos por vía marítima, ante la noticia de que un segundo petrolero helénico, «Manuela», navegaba por el canal de Mozambique rumbo al mismo puerto. Dentro de esta línea de acción, envió a Lisboa al subsecretario parlamentario del Foreign Office, lord Walston, con el encargo de presionar al Gobierno lusitano e impedir toda descarga en Beira, y se advertía categóricamente a la compañía anglo-portuguesa «Londrho», que controla el oleoducto de Beira-Umtali, que éste no debe ser utilizado. Los cinco consejeros lusos, la mayoría, se habían negado a aceptar esta prohibición.

El 7 de abril, Gran Bretaña solicitaba oficialmente una reunión urgente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para discutir la crisis rhodesiana. Al propio tiempo, dentro de una clara atmósfera de nerviosismo, Wilson convocaba a su Gabinete para considerar el uso de la fuerza como medio de detener a los petroleros que se dirigiesen a Beira. Pese a la urgencia con que Londres solicitaba la reunión del Consejo de Seguridad, ésta no se celebró hasta el día 9 porque su presidente, el embajador de Malí, Mousa Leo Keita, dudó cuarenta y ocho horas en convocarla, debido a sus recelos acerca de la verdadera finalidad que perseguía la potencia convocante. La Gran Bretaña desea, evidentemente, promover el hundimiento de Rhodesia mediante su colapso económico y con ello aspira a presentarse ante los Estados africanos, por lo menos ante los más radicales y bulliciosos, como el campeón del anticolonialismo. Con la solicitud de autorización del empleo de la fuerza para cortar el suministro de combustible trataba de acelerar el desmoronamiento rhodesiano. Pero la realidad es que los países africanos más extremistas sólo apoyarían con verdadero agrado la destrucción del régimen de Salisbury por la fuerza de las armas británicas. De tal forma, esta petición de Londres al organismo onusiano la consideraban algunos como medida evasiva, propicia a causar sensación, más que un medio verdaderamente eficaz de conseguir la «liberación» de Rhodesia. Este sentido se desprende de las palabras del delegado de Uganda, en la reunión del día 9, cuando decía: «La raíz del problema no se encuentra en el puerto de Beira, sino en la capital de Salisbury», y las enmiendas presentadas por los países atri-

## ¿SOLUCIÓN NEGOCIADA EN RHODESIA?

canos al proyecto de resolución demuestran un marcado interés por enderezar el proyecto británico.

Superando este clima de sospechas, el Consejo de Seguridad aprobaba la resolución británica por diez votos a favor, ninguno en contra, y las abstenciones de la Unión Soviética, Malí, Francia, Uruguay y Bulgaria. Inmediatamente, el 11 de abril, una fragata británica, la «Berwick», abordaba al petrolero griego «Manuela», colocando a bordo un retén de guardia para impedirle dirigirse a Beira. Esta acción fue respaldada por el Gobierno de Atenas, cuyo subsecretario de Asuntos Exteriores declaraba que «la acción de la fragata "HMS Berwick" está en línea con la resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. El Gobierno griego siempre respeta y cumplimenta las resoluciones de las Naciones Unidas». La pulcritud helénica no fue compartida, sin embargo, por la empresa naviera «Varnikos», propietaria del buque-tanque, uno de cuyos directivos más prominentes, Vardinoyannis, declaró: «He impartido instrucciones a mis abogados para que demanden a la Escuadra británica por su acción arbitraria y completamente injustificada».

Si todo recurso a la fuerza, como fórmula de resolver los pleitos internacionales, es éticamente reprobable y políticamente peligroso, más aún lo es en Africa, donde—al existir, subyacentes, numerosos agravios tribales y conflictos fronterizos sin resolver—, el eco de los combates podría excitar, de forma incontrolable, los sentimientos bélicos latentes, que pueden desviarse hacia rumbos totalmente ajenos al conflicto primitivo.

Por otra parte, si la Organización de las Naciones Unidas—creada fundamentalmente para preservar la paz, aunque ejemplos recientes en tierra africana hayan desfigurado ese objetivo—aprobase las propuestas belicistas de una mayoría, quedaba abierto el camino a un desfile interminable de intervenciones armadas en múltiples lugares del Universo. Nunca se había pedido, hasta ahora, la aplicación del capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas, que permite el uso de la fuerza <sup>8</sup>.

---

<sup>8</sup> En sus declaraciones del 3 de mayo, el ministro portugués de Negocios Extranjeros, doctor Franco Nogueira, se refería al defectuoso funcionamiento del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. He aquí sus palabras: «Este aspecto trasciende en mucho el caso de Rhodesia y tendrá que ser estudiado y reglamentado si se quieren evitar consecuencias imprevisibles, pero es igualmente grave en el plano constitucional y político de las Naciones Unidas el problema de los votos de abstención por parte de los países que son miembros del Consejo. Cuando el Consejo tenía once miembros, la Carta disponía que eran necesarias

De todas formas, pese a sus denodados equilibrios, no ha conseguido la Gran Bretaña librarse de duras críticas. Ante el Comité de Descolonización de la O. N. U., el delegado etíope, doctor Tesfaye, declaraba el 12 de abril: «El Gobierno británico actúa en el problema rhodesiano con lenidad calculada», añadiendo que el único medio de resolverlo consistía en «usar la fuerza directa y firmemente y desalojar a los colonos».

Es así como los puntos de vista más extremistas siguen gozando del favor de muchos Gobiernos africanos para los cuales el dramático ejemplo que suministró el Congo no ha constituido una lección. Por ello son de resaltar todas las llamadas a la moderación, a la acción prudente y sensata, vista la gravedad que puede implicar esta cuestión, como reconocía un estadista experimentado, el doctor Oliveira Salazar, cuando advertía, el 13 de abril, que «un paso más en falso y puede encenderse en África un gigantesco infierno, que aparejaría riesgos para todos los que piensan que no les afecta porque se encuentran lejos de las llamas».

El incidente de los barcos petroleros quedó zanjado el 16 de abril, al declarar Ian Smith que su Gobierno renunciaba al petróleo del buque griego anclado en el puerto de Beira, para evitar comprometer a otros países en su disputa con Inglaterra. Como antecedente de esta renuncia podemos consignar que Rhodesia recibe el petróleo suficiente para sus necesidades más urgentes por vía terrestre. De 140.000 a 160.000 galones de petróleo, el doble

---

cinco abstenciones para derrotar una resolución, y como los miembros permanentes son cinco cuando menos, en vez de oponer su veto resolviesen abstenerse simultáneamente, la resolución sería rechazada. No podía de este modo el Consejo tomar decisiones positivas contra la simple abstención colectiva de los miembros permanentes, y esto quería decir que ante la simple pasividad de aquéllos—o de las grandes potencias—no tenían los demás miembros la posibilidad de formular cualquier política, ni mucho menos de imponerla. Pero desde el 1 de enero de 1966, el Consejo de Seguridad tiene quince miembros y la Carta dice que, aparte del veto de un miembro permanente que por sí solo derrote una resolución, son necesarias siete abstenciones para rechazar cualquier moción. Tenemos que llegar a la conclusión de que ahora los cinco miembros permanentes pueden abstenerse y, a pesar de ello, la resolución puede ser aprobada. Significa esto, en sus implicaciones profundas, que las pequeñas potencias que sean miembros del Consejo pueden resolver hacer la paz o la guerra, e impedir una determinada orientación política a los negocios mundiales, sin que las grandes potencias se hayan pronunciado. Significa esto también, por otra parte, que las grandes potencias detentadoras de los grandes medios económicos y militares pueden mañana ser llamadas a suministrar los elementos materiales necesarios para ejecutar una política sobre la que no se pronunciaron. Quiere esto decir que Malta, Chipre, Burundi o Nepal pueden decidir teóricamente lo que más conviene a los destinos del mundo.»

de la cantidad necesaria para mantener el racionamiento, entran diariamente en Rhodesia a través de sus fronteras con Africa del Sur, según anunciaba el *Rand Daily Mail* de Johannesburg. Pero el duro gesto británico había excitado de tal modo las pasiones en Rhodesia que, respondiendo al clamor popular, en ese discurso Ian Smith anunciaba el cierre de la Casa de Rhodesia en Londres, a la vez que daba instrucciones a la Misión británica en Salisbury para que abandonase el país. Con estas determinaciones quedaban prácticamente cortadas todas las relaciones diplomáticas entre los dos países.

La consecuencia de todo este asunto es que se han desencadenado innumerables enfrentamientos de tipo internacional. La República Sudafricana ha sido violentamente criticada por «ayudar» a Rhodesia, aunque la realidad es que se ha negado a aplicar las sanciones usando de un incuestionable derecho que dimana de su propia soberanía<sup>9</sup>. Portugal ha sido el blanco de críticas semejantes como reflejo de la enemistad anglo-rhodesiana. Y un elevado número de Estados africanos han incrementado su ya antigua hostilidad hacia ambos países<sup>10</sup>.

Y, de todas formas, Wilson no ha logrado calmar las exigencias africanas. El 19 de abril, 36 de tales países propugnaban una acción inmediata de las Naciones Unidas, respondiendo así al llamamiento de Ghana, cuyo delegado, William Vanderpuye, solicitaba urgentes sanciones. Los delegados de once Estados «no alineados»<sup>11</sup> solicitaban del Consejo de Seguridad que adoptase nuevas medidas para derrocar el régimen de Smith, considerando que las empleadas hasta entonces habían sido inadecuadas. Entre las medidas sugeridas se incluiría la implantación de sanciones económicas obligatorias, y si éstas fueran insuficientes el establecimiento de un bloqueo, «más la acción de fuerzas de tierra, mar y aire que fuera necesaria para mantener o restablecer la paz y la seguridad internacionales».

Para esa fecha, el Gabinete británico descubría que las sanciones económicas eran insuficientes para derribar el régimen rebelde, y que una guerra

---

<sup>9</sup> Acto similar al adoptado por la Gran Bretaña negándose a interrumpir el comercio con Cuba.

<sup>10</sup> El 19 de abril, el delegado argelino, Tewfik Buatura, acusó a la Gran Bretaña de mantener una postura de embarazosa neutralidad en cuanto a los convoyes que llevan por carretera petróleo a Rhodesia. Pidió una inmediata y directa acción contra Salisbury, Pretoria y Lisboa.

<sup>11</sup> Afganistán, Etiopía, India, Irán, Iraq, Malí, Sierra Leona, Siria, Tanzania, Túnez y Yugoslavia.

suponía un precio demasiado elevado para reconquistar la perdida confianza africana. Harold Wilson ha optado, en el dilema, por una tercera solución: las negociaciones anglo-rhodesianas, procedimiento el más razonable e indicado, y que debió de haber usado desde un principio. Las gestiones de su secretario particular, Oliver Wright, en Sudáfrica, tendían a convencerla de que emplease su influencia para llevar a Salisbury a la mesa de conferencias. El enviado tuvo éxito en su misión y el 26 de abril Ian Smith afirmaba ante el Parlamento que estaba dispuesto a reanudar las negociaciones con la Gran Bretaña «a cualquier nivel, en cualquier lugar y no importa en qué momento», alegando que ésta había sido siempre la actitud de su Gobierno. Añadía: «Nunca hemos cerrado la puerta a las conversaciones y estamos dispuestos a discutir en forma constructiva con quien sea». Al día siguiente, y como consecuencia de la entrevista del enviado de Wilson con Ian Smith, se anunciaba que se celebrarían conversaciones británico-rhodesianas para un arreglo negociado de la crisis. Harold Wilson así lo comunicaba oficialmente en el Parlamento.

La noticia de estas conversaciones ha producido reacciones muy diversas. Algunos países africanos, partidarios de la intervención militar, deploraron esta acción constructiva, que el Partido de Unión Popular Africana Zimbabwe, calificaba de «traición a los cuatro millones de africanos» de Rhodesia. Los Estados más realistas, por el contrario, expresaron su satisfacción por las anunciadas conversaciones, especialmente cuando Londres hacía saber que protegería los derechos de los aludidos millones de africanos en el curso de estas negociaciones. Tales seguridades, ofrecidas por el secretario de la Commonwealth, Bottomley, deberían bastar para disipar todo recelo de que la Gran Bretaña estuviese dispuesta a concluir un acuerdo que pudiera considerarse como desfavorable para los africanos.

En cuanto al planteamiento y resultados posibles de estas negociaciones, se han aventurado las hipótesis más diversas. Entre ellas una que juzgamos oportuno comentar por la importancia que supondría el que resultase ajustada a la realidad. Aludimos a las informaciones divulgadas de que el primer ministro habría ya escogido el uso de la fuerza militar para solucionar el problema pendiente, pero que habría provocado estas negociaciones con el fin de justificarse ante la Historia presentándose como un estadista que agotó todos los medios pacíficos. Quienes esto mantienen buscan el precedente en la actitud mantenida por Wilson durante sus conversaciones londinenses con el premier rhodesiano, inmediatamente anteriores a la procla-



mación unilateral de independencia. Ciertamente, de entonces tenemos la imagen de un Wilson duro, inflexible, que más que un acuerdo buscaba un «dik-tat». No obstante, ciertos hechos han cambiado en los últimos meses y como más destacado tenemos una victoria electoral que garantiza cinco años de laborismo. Un político hábil, como ha demostrado serlo Harold Wilson, no puede quemar este porvenir en ninguna hoguera africana. Un acto de este tipo, por añadidura, rompería una conducta mantenida escrupulosamente por la Gran Bretaña en estos últimos e inciertos años.

Porque, por muchas dudas que haya podido inspirar la conducta británica en Africa, en éste y otros casos similares, parece resultar evidente que Londres ha sabido demostrar en términos generales un exquisito tacto en su forma de plantear los problemas. En 1961, cuando las tropas internacionales al servicio de la O. N. U. se aprestaban a entrar a sangre y fuego en Katanga, en una acción desgraciada que constituye un baldón para la Organización internacional, en aquellos momentos, repetimos, la Gran Bretaña alzó su voz, cargada de experiencia, para manifestarse en contra de los proyectos bélicos que se incubaban en la sede onusiana. Cuando se sometía a votación, el 21 de febrero de dicho año, la resolución del Consejo de Seguridad que autorizaba a los «cascos azules» para que abrieran fuego cuando lo considerasen necesario, el representante británico, antes de votar, hizo constar que esa autorización servía solamente para el caso de legítima defensa, cosa a todas luces necesaria ante el sangriento caos que reinaba en el país, y no para apoyar ninguna maniobra política. Sólo cuando le fueron dadas esas seguridades votó por la resolución. Varios son los ejemplos, como éste, que podríamos aducir para fortalecernos en el convencimiento de que por lo menos hasta ahora la conducta británica en Africa no ha sido precipitada, sino que ha estado inspirada en el deseo de despejar el porvenir africano.

Ante los hechos presentes, los que se derivan y dimanan del problema rhodesiano, cabe plantearse el interrogante de si esa misma Gran Bretaña que con tanta mesura ha actuado puede verse envuelta en un conflicto bélico sobre manera innecesario, grave y potencialmente explosivo. Lejos de aceptar esas suposiciones, creemos que la reconocida habilidad negociadora británica se ha de manifestar en toda su plenitud para que, manteniendo los principios básicos y esenciales pueda evitarse definitivamente ese recurso a la fuerza que Londres, tan categóricamente, ha rechazado en otros momentos dramá-

ticos y que sólo interesa a quienes buscan, en una convulsión total del Continente, la ocasión propicia para hacer germinar sus doctrinas subversivas.

El mayor peligro para una solución negociada consiste en que los países intervencionistas, en especial del Este africano, no renuncien dócilmente a su determinación de recurrir al expediente de la fuerza para fomentar una situación que haga abortar las proyectadas negociaciones. Como indicio que apoya esta afirmación tenemos que el 29 de abril varias partidas de rebeldes, entrenados en Zambia y armados con material ruso y chino, fueron introducidos a través de las fronteras con el objetivo de sembrar el desorden. La tentativa fracasó rotundamente, porque los invasores fueron cercados por la Policía que, tras un prolongado combate, en el término de Sinoia, les causaron siete muertos, varios heridos y un considerable número de prisioneros. Algunos de éstos admitieron haber sido entrenados en las tácticas de «subversión y guerra civil» en la China Popular, configurando la idea de Pekín como foco de radiación de la irreductibilidad.

A la hora de redactar estos comentarios, primeros de mayo, se ignora el curso de los preparativos a estas conferencias. Ian Smith había pedido que antes de que fueran iniciadas se levantasen las sanciones económicas impuestas por la Gran Bretaña, para eliminar el clima de «coacción o al menos de presión» que crean en torno a los negociadores rhodesianos. Esta petición, que pudo entorpecerlas, y la violenta oposición que Zambia<sup>12</sup> mantiene frente a ellas, parece que no ha de constituir un factor decisivo que pueda hacer fracasar unas negociaciones destinadas a calmar una de las zonas álgidas del Continente.

JULIO COLA ALBERICH.

---

<sup>12</sup> El 30 de abril tuvo lugar una violenta manifestación antibritánica en Lusaka. Varios centenares de estudiantes zambios acudieron ante la Alta Comisaría británica, que apedearon, desgarrando la bandera. Kenneth Kaunda, el mismo día, hacía saber que desaprobaba las conversaciones anglo rhodesianas.